

## EL TRÍPODE DE LA REVOLUCIÓN EN EL MEDITERRÁNEO DE AMÉRICA

Edur Arregui Koba

En el curso de los últimos años se ha desatado en México una ola de pánico sobre la presunta intervención de la Revolución Bolivariana en los asuntos internos del país. Los duelos verbales entre representantes de las dos repúblicas han alcanzado un nivel estridente. La cosa ha llegado a tales extremos que hay quienes han hablado de retirarle la ciudadanía mexicana a Simón Bolívar, la cual en un momento de genuino amor fraterno le fue otorgada por el Congreso Mexicano en el año de 1824 (17 de marzo), por iniciativa, entre otros, de Fray Servando Teresa de Mier. Lo mismo que existe en Sudamérica la leyenda de un Francisco Villa negro, como lo ha traído a cuenta el reciente libro de Paco Ignacio Taibo sobre el héroe de la Revolución Mexicana, existe también en la América septentrional el mito popular que habla de un tal Simón, de un *tlatoani xinacatl* que encabezaba una columna de chinacos en la Sierra Madre del Sur. No sabemos si éste fue el argumento del Congreso Mexicano en 1824, pero lo cierto es que en aquellos años de incertidumbre —la década de los veinte del siglo XIX— la victoria de los llaneros de Bolívar y Sucre sobre las tropas españolas en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, fue para México un paso más hacia su libertad, que no dejaba de estar amenazada por los intentos de reconquista de la corona española.

Las “*Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*” del general español Andrés García Camba (1846) rememoran esa derrota que no cabía en los cálculos del virrey José de la Serna e Hinojosa (1821-1824), durante el reinado de Fernando VII de España (1813-1833). En dicho libro, el general García Camba se pregunta: ¿cómo podía vencerlo un ejército mal armado y mal vestido, heterogéneo y de escasa disciplina? Otro libro de memorias, “*In the service of the Republic of Perú*”, del general Guillermo Miller (1828), ofrece una apreciación distinta del mismo acontecimiento. Además del talento de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre como estrategas y del apoyo de la población organizada en guerrillas, ese ejército reunió en sus



filas toda la experiencia guerrera del siglo. Veteranos de la guerra española, mexicana y centroamericana; de la lucha emancipadora argentina, chilena, peruana, altoperuana, venezolana, granadina y quiteña; de la norteamericana e inclusive, como era el caso de los voluntarios alemanes del mayor Carlos Sowersby, veteranos de la batalla de Borodino contra Napoleón, en Rusia. El propio Miller resumía esa suma de experiencias: era un combatiente inglés experto en mar y tierra, hábil como lancero y como artillero, que vestía poncho y sombrero jipijapa, *chachaba* coca y bebía yerba mate en bombilla, conocía el quechua y había aprendido de los morochucos ayacuchanos cómo conducir un caballo con las piernas y combatir con un sable en cada mano. La pregunta lógica, es la inversa: ¿cómo no vencer, con un ejército así?

La fobia antibolivariana, moneda corriente en buena parte de los *mass media* mexicanos en este siglo XXI, es un hecho grosero e insensato. Es, además, contrario a la historia del México profundo. Tratar de arrebatarle a México el amor fraterno de Venezuela es pretender arrebatarle a un país su genuina inserción en la historia del mundo. En las actuales circunstancias, no son amigos leales los que nos sobran. ¿Es sincero el cariño hacia México de los bolivarianos? Mi respuesta es que la hermandad de Venezuela y México es legítima y entrañable. Es más, en un breve recorrido, y recordando obras clásicas, como el *King Lear* de Shakespeare, me permito sugerir que son tres las repúblicas hermanas: Venezuela, México y Cuba, a las que por justicia histórica debe llamárseles el Trípedo de la Revolución, los vértices de la dignidad en este Mediterráneo de América que es el mar Caribe

### Tierra de meteoros y revoluciones

Una zona de formidables meteoros, como lo es el Mediterráneo Americano, poblado de huracanes y tormentas, tiene por vocación producir energía para el mundo. Y ello en los más diversos sentidos. Del azúcar al

petróleo, ese ha sido nuestro destino. ¿Qué explica que sea en este mar interior, que abraza al archipiélago de Nuestra América, donde anidaron las revoluciones de independencia más profundas? Hay que recordar que en el resto de América, los criollos, sin un prolongado conflicto y con una presencia casi tenue de la violencia, lograron arrebatar o transferir a su favor, sin grandes conmociones, el poder, hasta ese momento en manos de la burocracia colonial española. En contraste, fue en países como Haití, México, Venezuela y Cuba, donde la independencia adquirió una dimensión de revolución social y no de una restringida rebelión criolla. En nuestras repúblicas del mediterráneo de América, la independencia se tornó un inmenso aluvión popular, negro e indígena. No fue sólo una ruptura con los antiguos lazos de subordinación jurisdiccional lo que estuvo en juego, sino la emancipación de los de abajo, de las formas más ominosas de explotación. A diferencia de Brasil, que consiguió su independencia sin liberar a sus esclavos, en el caso de las tres hermanas, Venezuela, México y Cuba, la independencia sólo fue posible cuando expresó su ruptura con la esclavitud. La empresa anticolonial tendría que ser antiesclavista o no podría cortar las cuerdas que atenazaban y mordían la libre voluntad de nuestras repúblicas. Éste es también un rasgo libertario que nos distingue de la independencia de las antiguas colonias británicas en la América del Norte. No fue por ello sólo una frase audaz el que los nigromantes de la revolución latinoamericana llamaran a la *libertad* en el Septentrión Americano. Libertad para todos, negros, indios, mestizos y blancos.

Tal vez esta historia nos remite a la de sus más sinceros agonistas y su leyenda. El primero de febrero de 1799 llegó al puerto de Veracruz el navío de guerra *San Ildefonso*, que venía de la Guaira, Venezuela, y cuyo destino final eran las costas españolas. El navío tuvo que esperar los caudales de oro y plata que conducirían a la metrópoli y que cesara el bloqueo de los barcos ingleses a La Habana. Entre los pasajeros se hallaba un muchacho caraqueño de quince años, de nombre Simón Bolívar, que se dirigía a Madrid para continuar su educación. Como tenía cartas de presentación para el oidor Guillermo de Aguirre y para el rico minero Don Pedro Moguer de Echeverría, en la capital del virreinato, el joven Bolívar decidió aprovechar la forzada espera para recorrer parte del país y conocer algunas de sus principales ciudades. Primero llegó a Xalapa, de ahí, más animado, llegó a Puebla de los Ángeles, y finalmente a la Ciudad de México.

Algún día podremos hablar sin demasiada premura de la estancia del joven Simón Bolívar en la Ciudad de México, de sus avatares y desencuentros, de la huella que dejó su presencia. La casa donde se hospedó quedaba en la que

entonces se conocía como calle de Damas y Ortega, entre Motolinía y Gante, en el centro de la Ciudad, a unos pasos de la Alameda. Hoy dicha calle lleva el nombre de Bolívar, en recuerdo del Libertador.

Todo el siglo XIX ocurrirá en Nuestra América un permanente trasiego de revolucionarios independentistas, desde los muelles de Puerto Príncipe a las frías calles de la Ciudad de México. Bolívar, Fray Servando y Xavier Mina, siempre concibieron como su método natural de acción el ir brincando de colonia en colonia, entre amores y desavenencias, por los laberintos de la libertad que comunicaban a los rebeldes insurgentes de la zona. Transitaron por un ferrocarril subterráneo, que sólo los involucrados podían concebir y abordar, entre las principales ciudades de nuestro archipiélago. ¿Quién puede dudar siquiera que el Mediterráneo de América era su patria, si en todas las repúblicas encontraban hermanos?

En esta primera oleada revolucionaria se prefiguraban todos los elementos que se desplegarían después en plenitud: 1) La existencia en el Mediterráneo americano de enclaves que formaban parte esencial de la manufactura mundial desde el siglo XVIII; 2) La presencia de un proletariado esclavizado negro o indígena —por cientos de miles— concentrado por el mercado mundial desde entonces en grandes talleres o establecimientos de látigo y sudor, en el conjunto de su territorio; 3) Una inteligencia nativa precoz, aguzada por las tormentas de papel que cruzaban volando por los siete mares e iluminada con la energía de las pasiones de los de abajo; y 4) Un remoto tejido comunitario, preservado como su único y verdadero tesoro por las comunidades indígenas. De la amalgama de todos estos elementos siempre han brotado potentes rebeliones sociales, que de manera irresistible adquieren, una y otra vez, un carácter regional.

Si la última batalla de nuestra primera independencia se libró en los Andes, no debería sorprendernos que la primera batalla de lo que desde ahora ya asoma como la segunda emancipación de México, se esté desarrollando en las costas, los llanos y las montañas de América del Sur. Reconocer los lazos de sangre y barro, fraternales, que nos unen con los otros pueblos del continente —y el hecho de que la suerte de México es imposible de escindir de la del resto de los pueblos de Nuestra América—, es un principio irrenunciable que debe regir toda acción política democrática. En la forma de dar siempre estará la de recibir. ■

---

**Edur Arregui Koba.** Sociólogo mexicano, es profesor e investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco.